

PERIODISMO		RESEÑAS
<p>Visiones de lo indecible</p> <p><i>Tránsitos</i> CECILIA BALCÁZAR Vaso Roto, Madrid, 2018, 68 pp.</p> <p>I</p> <p>AL COMIENZO de “Anatolia”, uno de los poemas más largos del libro, Cecilia Balcázar refiere al lector qué tipo de tránsitos se encuentran a lo largo de sus páginas: “Emprendimos el viaje en pos de los misterios olvidados / bajo capas de siglos, en medio de las ruinas” (p. 62).</p> <p>El texto que da título al poemario, y con el cual inicia, es puntual al respecto:</p> <p>Traspasa en el camino umbrales tras umbrales para alcanzar la luz por fuera de la sombra de los templos (“Tránsitos”, p. 9)</p> <p>Se trata, pues, de una invitación a descubrir “la visión de lo indecible”, a emprender un viaje mítico y místico en busca de luz:</p> <p>[...] Nosotros en la luz, con un lastre de sombra en ese batallar de claridades de abismos y de cumbres abatidas (“A contraluz”, p. 24)</p> <p>La primera parte del periplo nos conduce a México, donde el agua constituye un elemento simbólico y lustral tan importante como la luz. Textos como “Pozo de azul” y “Las pozas de Amatlán” dan cuenta de ello y permiten desplegar la habilidad rítmica y descriptiva de la autora:</p> <p>[...] Desnudas las raíces de las ceibas en el talud exhiben su escondido alambique de savia depurada su fábrica de ramas destinadas a tocar el azul (“Pozo de azul”, p. 11)</p> <p>[...] En su agua transparente despojada y desnuda vació la generosa estrella como en la carta arcana del Tarot el poderoso filtro de sus cántaros (“Las pozas de Amatlán”, p. 15)</p>	<p>El viaje trazado en <i>Tránsitos</i> no es banal, el paseo por los cenotes es turismo trascendente. Una senda iniciática que implica renovación, transformación, metamorfosis:</p> <p>[...] Sale de las profundidades emplumada con sus rombos de plata y serpentea en ascenso por la nueva espiral consciente de su senda en el asombro de su metamorfosis (“Como la serpiente”, p. 14)</p> <p>II</p> <p>Atravesando el Atlántico, <i>Tránsitos</i> nos conduce del México precolombino a la Grecia física y mitológica, cuna de la civilización occidental. “En el mar de Corinto” es un texto admirable donde el mar y el cielo de esta ciudad remiten al segundo precepto de Hermes Trismegisto –“como es arriba, es abajo; como es abajo, es arriba”–, principio de correspondencia que está en la base de la alquimia y el pensamiento hermético:</p> <p>¿Arriba como abajo? Este azul es sin sombras, sin orillas Es un azul total Un inmenso ojo abierto, un oscilar continuo de cielo a mar a cielo, en círculo perenne en devenir constante de lo uno en lo otro [...] Arriba como abajo lo divino y lo humano y lo azul y este azul (“En el mar de Corinto”, p. 23)</p> <p>La manifestación universal de la unidad de la dualidad es una noción que la señora Balcázar también advierte en el 25 de julio, día fuera del tiempo en el calendario maya, del mismo modo que advierte que Eros y Thanatos se funden en la instantánea eternidad del amor:</p> <p>[...] En ese día sin tiempo se imagina eso de ser camino y de ser a la vez el paso que lo anda Eso de ser la ola en movimiento y de ser a la vez</p>	<p>esa quietud de arena en la que rueda (“El día sin tiempo de los mayas”, p. 16)</p> <p>[...] Vivir en la certeza del instante el amor y la muerte conjugados (“Eros y Thanatos”, p. 17)</p> <p>La visión del mundo propia del simbolismo, en el que cada cosa guarda la posibilidad de ser metáfora y revelación, hace que la autora se identifique y vea reflejado su destino en la figura de <i>il Tuffatore</i>, el joven nadador que salta a las ondeantes aguas marinas en un fresco del siglo v a. C. encontrado al sur de Italia, en lo que fuera la ciudad griega de Paestum:</p> <p>Igual que <i>il Tuffatore</i> saltamos desprendidos al abismo de lo desconocido desde ilusorias torres de sueño y de palabras (“En la costa de Amalfi”, p. 27)</p> <p>En el desarrollo de este ejercicio analógico, el mar mismo resulta ser un correlato de nuestra condición. En versos de la autora, ese “domado monstruo deslumbrante”, “nos obsesiona, nos inunda / se vuelve nuestro espejo de facetas y máscaras / de simas tormentosas y calmas azuladas”. Un fértil parangón que da pie a sugestivos hallazgos expresivos:</p> <p><i>En Su huella</i> Ser sal de mar Ser luz de sol Ser la sal de la tierra y ser la luz del mundo (p. 37)</p> <p>III</p> <p>En las tres últimas secciones del libro, la solvente poeta Balcázar continúa brindándonos espléndidas descripciones, imágenes redondas y asombros analógicos. Juzguen ustedes, ponderen la calidad de estas viñetas con colibríes, florecillas silvestres, campanas y mezquitas:</p> <p>Alado mensajero de los viejos Maestros sostenido en el aire para sorber la vida con la fuerza vibrante del corazón (“El colibrí”, p. 45)</p>

Florecidas silvestres
 azules campanillas poderosas y
 humildes
 Trepadas en las púas de viejos
 alambrados
 tendidas como alfombras en medio
 de los árboles
 (“Similia similibus curantur”, p. 47)

Resuena una campana
 y el corazón se acopla al dejo
 milenario.
 El cuerpo es un badajo al viento
 en obsesión de altura.
 (“Campana y corazón”, p. 54)

Monótona y cansada letanía
 diálogo de plegarias entre los
 minaretes
 Las preces repetidas
 van llevando al silencio
 al místico vacío de la plegaria
 muda.
 (“Estambul”, p. 60)

En un pasaje de *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, la novela de Rilke, el joven poeta Malte afirma: “Se debería esperar y saquear toda una vida, a ser posible una larga vida; y después, por fin, más tarde, quizá se sabrían escribir las diez líneas que serían buenas”. A juzgar por los resultados, a sus 78 años, edad a la que publicó los poemas de *Tránsitos*, Cecilia Balcázar siguió al pie de la letra la recomendación de Malte.

Allanó a conciencia el laborioso proceso de vivir, de viajar, de esperar y, después, ya en el arduo oficio de componer poemas, se dedicó a encontrar las imágenes, las escenas, el ritmo, el tono, las palabras justas que, al fin y al cabo, van a dar siempre a la nuez del silencio, a “la visión de lo indecible”, “al místico vacío de la palabra muda”:

En las rutas insomnes, en las viejas
 posadas
 en los parajes míticos, a la orilla del
 mar
 en cada nuevo diálogo y en cada
 desencuentro
 el viaje develó nuestro sello
 indeleble
 remotos arquetipos
 que llevamos
 en nuestra propia sombra
 (“Anatolia”, p. 63)

John Galán Casanova